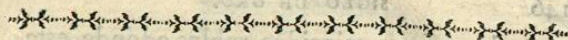


Ya sois del mismo que le hizo esposas;  
Y tú, diosa marina, que al profundo  
Mar de tu casto amor diste el asiento,  
De este segundo cielo sin segundo;  
Recibid de una vez el rico aumento.  
Que á tan altos principios se debía  
Por premio justo á vuestro heroico intento:  
Que yo á quien la infalible profecía  
Del ciego hado alumbra los secretos,  
Y descubre la luz antes del dia,  
Ya en el mundo os prometo con perfectos  
Agüeros fama ilustre y nombre raro,  
Mientras hubiere en él gustos discretos,  
Y hambre de oro en corazon avaro.



## EGLOGA SÉPTIMA.

Luego que el no conocido dios dejó con tan admirables secretos llenas las hinchadas olas de los milagros que en su labor la sagrada ninfa escondia, y satisfizo á la clara Clitiso de lo que mas saber deseaba, contento de haber dado en las eternidades del mundo tan poderosa voz de la carcomida roca, se dejó caer en lo mas profundo del agua, y las ninfas que suspensas lo habian oido, vueltas á sus olvidados ejercicios, aquella á quien declarar su historia tocaba, si á mis mortales oidos pudo llegar el aliento y fuerza de palabras tan divinas, así le oí comenzar su cuento: Tú, ninfa mia, sabrás que por estas selvas mis ojos otro tiempo vieron un pastor, al parecer tan agraciado y bello, que Apolo cuando en semejante hábito seguia las selvas, no se puede creer que de otra hechura y talle fuese; y aunque de apartadas riberas, posible seria que las nuestras no le tuviesen por extraño; antes así su zampona las alegraba, que muy digna era de ser oida, no solo de los pinos de la sierra, de los sauces del rio, de las ninfas de estas aguas, y de las deidades de las vecinas cuevas, mas aun de los cercanos montes se vieron bajar las duras enci-

nas y los mas envejecidos robles adonde estaba, y allí haciéndole agradable sombra al son de sus cantares con deleitoso ruido movian las cabezas. Pues este pastor, de quien ahora cuento, no sé por cual rigor de cielo se inclinó á querer cierta ninfa destas aguas, grande aficionada tuya, por quien tan desasosegado anduvo un tiempo, que con el desconcierto de su vida los campos se deslustraron, los ganados no pacian, perdieron las fuentes sus frescuras, y las estrellas de los prados marchitas y sin hermosura inclinaron sus cabezas. Pues como la ninfa por quien él esta vida pasaba no tuviese el corazon de perdenal, ni el pastor se pudiese llamar indigno de tal cuidado, tuvo por bien dar la mano á sus caidas esperanzas, y sin desdeñarse de su compañía gozar muchas veces su honesta y agradable conversacion por los mas floridos montes, donde pocos árboles se hallan en quien por la mano del pastor su nombre no se halle escrito á vueltas de otros amorosos versos; y pues tan adelante estoy en descubrirte mis cosas, no quiero guardar nada para otro día, ni me afrento que sepas de mí ser yo la que él en sus cantares celebra, ni de haber querido castamente algun tiempo á este pastor que aquí ves dibujado; que si por mi disculpa sufre decirse, Venus me tendrá mas envidia que amor tuvo á su querido Adonis, el cual aunque en extremo era hermoso, como habrás oido, tambien por las selvas apacentó

ganados; y no por ser pastor la diosa le tuvo en menos, ni si fuera algun dios le llorara mas. No me despreciaba yo de verme rodeada de las ovejas de mi pastor; ni tú, ninfa mía, te afrentes de que una hermana tuya así por un hombre mortal pene. El Troyano París coronando estaba de nuevas guirnaldas los vencedores toros, cuando las diosas le señalaron por juez de su hermosura: entre las cabras durmió Endimeon, y aun segun es fama duerme todavía, aquel mismo á quien la preciosa luna, que ahora en el cielo las ninfas de las aguas adoramos, humilló el resplandor de su plateada silla: Apolo cantó en las selvas, Mercurio y el dios Pan fueron pastores, y pocos dioses tiene el cielo que en este hábito no los haya conocido el mundo. Ya lo principal te he descubierto: solo resta darte á entender esta parte de mi labor, que no contiene en sí mas que la forzosa ausencia y el triste suceso de su partida, de que yo creía vivir segura, mientras la oscura niebla de la muerte que todo con su presencia lo divide olvidarse quisiera de apartarnos; mas desta mi confianza sin duda alguna tuvo envidia aquel dios, cualquiera que sea, que de apartarlo de mis ojos fue servido, arrojándolo á regiones tan apartadas que apenas se puede tener esperanzas de su vuelta; bien que por alivio de la que en su noble fe aun todavía se sustenta y vive, al tiempo que el dolor le dió licencia, como pudo me dijo estas palabras:

Tu vista manda amor que solicite,  
 La razon que me parta: dí tú en esto  
 Señora ¿que haré? que yo estoy presto  
 De hacer por tí quanto mi amor permite.  
 Mas ahora vaya, muera ó resucite,  
 El corazon que en tu poder he puesto  
 En él se quedará, que no es honesto  
 Lo que una vez se dá que otra se quite.  
 Que le trates tan bien, como él te quiere,  
 Es lo que en esta ausencia te encomiendo,  
 Por el provecho que á los dos nos viene.  
 Y si alguno agraviado te dijere  
 Que amo otra beldad, dile riendo:  
 Mal podra amar quien corazon no tiene.

Con esto quedaron en tinieblas hasta ahora mis sentidos, y él engañado dejó estos montes, y yo no sé si lo quedé en fiarme tanto de sus cosas; y porque entre las demás que aquí en honra deste pastor mi aguja ha puesto es el gracioso acaecimiento de aquel sátiro, tú, Clitise mía, sabrás que en aquella sazón que el encendido sol corre por la mitad del cielo, enjugando el tierno rocío de las yerbas, este rústico dios, lleno de calor y polvo, así la cara en llamas encendida como si colorada amapolera fuera, por nuestras riberas discurría, ahora de la caza cansado, ó á expiar bajase alguna ninfa hermana nuestra; cuando yo entre unos frescos árboles en compañía estaba de mi pastor, y él entretenido con su zampoña de solo

cantar alabanzas mías se acordaba: ¿pues que te diré de lo que al grosero Fauno avino? Tú sabrás que aquella famosa red que Vulcano hizo acostumbrada á ligar con fuertes nudos inmortales miembros, habiéndola hurtado Mercurio para prender con ella á Clorides, Clorides tierna y placentera ninfa, que tras el alba sale por el mundo sembrando los jazmines y rosas de su falda, despues de alcanzado su intento, y presos con ella en el fresco aire sus placenteros amores, de una mano en otra vino á poder de Doris, celebrada ninfa de nuestra laguna, y ella deseosa de prender una blanca cerbatilla que de ordinario visitaba su fuente, en una senda la habia tenido cuando al sátiro, que á gran recato venia codicioso de hacer suerte en nosotros, caído vió en la encubierta red, y la cristalina Doris, que en sí no cabia de placer, saliendo de sus aguas se bajó á contarnos la caza que sin pensar habia hecho, trayéndole á mi pastor, cuyos mortales sentidos ya eran dignos de tocar cosas sagradas, una rústica zampoña que del cuello del cautivo dios habia quitado, y con ella, como aquí podrás ver, comenzó de alegrar las olvidadas selvas, cantando versos dignos de que ahora yo te los diga. Así la sagrada ninfa en lo mejor de mi regalado sueño prosiguiendo iba su gustosa fábula, y queriendo á mi parecer comunicar á su compañera lo demas que en su labor habia, los rústicos ceperros de un gran ható de ovejas

que á la sazón iba llegando, el sueño, su hermosura y mi contento con el nuevo ruido me arrebataron de los ojos, volando por el aire las sutiles sombras de la libre fantasía, despertando en aquel mismo lugar que poco antes me habia echado, y el anciano Aristeo que no sé que enemiga estrella allí á tal tiempo le trajo, llegando donde yo medio vivo y medio muerto estaba así comenzó á cantar, forzándome á que á pesar mio le respondiese:

ARISTEO.

SERRANO.

ARISTEO.

Dime, serrano, de placer desnudo,  
Caido y contemplando las estrellas,  
¿Hante dejado los pesares mudo?  
¿O has echado en olvido tus querellas?  
¿O así callando piensas remediallas?  
¿O estás pensando de morir por ellas?  
Cuéntame ya el estado en que te hallas,  
Que si es de gusto, quiero recibillo,  
O ayudarte en tus penas á llorallas.

SERRANO.

Temor tengo, Aristeo, de decillo:  
Cosas he descubierto soberanas,  
Dignas de mas que un pobre pastorcillo.  
Ni creo yo que fuesen sombras vanas,  
Ni creas tú que cosas tan divinas  
Sean sueños ó fábulas livianas.  
Testigos son las aguas cristalinas,

Testigos estas flores y estos prados,  
Los montes y las ninfas sus vecinas.  
Jamás se ha visto en ojos limitados  
Gloria tan alta, licito es decillo,  
Mas no aquí entre los rústicos ganados.

ARISTEO.

Cuéntame ahora, si querras, carillo,  
Las cosas grandes; mientras tú las cuentas  
De mastranzo haré un haz y de tomillo.  
Hartas vienen mis cabras y contentas;  
Bien puedo yo sentarme entre las flores,  
Y á tí las selvas te estarán atentas,  
Dí, que las ninfas oyan tus primores;  
Canta tu cuento, gustaré de oillo,  
Pues eres el primor de los pastores.

SERRANO.

Despues, pastor, prometo de decillo;  
Ahora, en tanto que su tiempo llega,  
Toma tu ya olvidado caramillo,  
Y suene en nueva voz, que al cielo plega  
Hacerle sus acentos inmortales,  
Y á tí famoso en esta fértil vega.  
Renueva aquí tus olvidados males,  
Que en otro tiempo por aquestos prados  
Te oyeron las encinas y nogales.  
Si con la mucha edad no están borrados  
De tu memoria, canta ahora aquellos  
Que dejaste en el álamo apuntados.  
Mas si te olvidas por ventura dellos,  
Dime los que en el río me cantaste,  
Que no me harto bien de encarecellos,

Cuando á moler el trigo que segáste  
Acuestas le llevabas, que tu asnillo  
En la sierra aquel día no hallaste.

ARISTEO.

Tiempo fue ya, pastor, si es bien decillo,  
Que pudiera dar gusto y alegría  
Mi canto al mas penado con oillo;  
Y sin cesar de noche ni de día,  
Por aquestos collados y praderas  
Siempre oyeras sonar la flauta mía;  
Y aunque cantaba mucho, no dijeras,  
Segun sabía entonces de canciones,  
Que una dos veces en mi boca oyeras.  
Los sátiros y ninfas á los senos  
De mi zampona por aquestos prados  
Hacian placenteras invenciones:  
Pacian con sabor nuestros ganados,  
Y tal vez se probó que en escucharme  
Quedaron de las yerbas olvidados:  
Mas ahora cantar seria infamarme,  
Pues no podré llegar á lo pasado  
Por bien que trabajase en remedarme.  
Dias ha que de un roble está colgado  
Mi rabel: mis canciones amorosas,  
Que pasaban de mil, las he olvidado.  
El tiempo, que tras sí lleva las cosas,  
En el que ahora estoy pudo arrojarme,  
Que aquestas son en él piezas forzosas.  
La voz tambien, qual ves, quiso dejarme,  
Y los lobos primero á mi me vieron  
Que yo pudiese dellos recatarme.

Pregunta á aquellos álamos que fueron  
Fieles testigos de mis penas vanas,  
Los versos que les dí, ¿que los hicieron?  
Ahora deja el canto, y con tus canas  
Tus vides poda, enjiere tus perales,  
Y cogerán tus nietos las manzanas.

SERRANO.

Calla, pastor, ó escucha los pardales,  
O en tanto que de mimbres una cesta  
Acabo de tejer, cuenta tus males;  
Y Erifile conceda ahora á esta  
Tu última cancion igual dulzura  
A la que tú en las otras tienes puesta.

ARISTEO.

Mientras que á la frescura deste viento  
Nuestro ganado atento nos escucha,  
Y no con pena mucha los renuevos  
Cortan tiernos y nuevos nuestras cabras;  
Y mientras que tú labras tu cestilla,  
Y de hácia la villa entre estas flores  
Se llegan los pastores que esperamos,  
Haciendo destos ramos una cueva,  
Te contaré una nueva maravilla  
Que ví junto á la villa en mi primera  
Edad, cuando yo era así mozuelo,  
Que los miembros del suelo comenzaba  
A levantar, y andaba tras los grillos,  
Y en unos cañutillos los metia.  
Con su madre ví un día en mis vallados  
Madroños colorados mas que grana  
Cojer á una serrana, tan hermosa,

Que entre las flores rosa parecia;  
 Un manzano tenia yo guardado,  
 Que el invierno cargado con su fruta  
 Sazonada y enjuta siempre estaba,  
 Yo que las dos guiaba, así tamaño  
 Que quince en aquel año no cumplia,  
 Corrí donde tenia mi manzano,  
 Y de lo mas galano trage lleno  
 De manzanas el seno, y luego dellas  
 Una de las mas bellas escogida  
 Se la truje escondida á mi Tirrena,  
 De tierno bello llena, así olorosa,  
 Que trocara la diosa por aquesta  
 La que en otra floresta de la mano  
 De aquel pastor troyano le fue dada,  
 Y con la voz turbada y diferente,  
 Mostrando ocultamente la manzana,  
 Toma, dije, serrana de mi vida,  
 Y ella desto ofendida y alterada,  
 Cual la luna encarnada así se puso.  
 Yo, atajado y confuso quedé muerto  
 Y sobre aquel desierto suelo echado,  
 Ella por medio el prado, las mejores  
 Y mas hermosas flores fue cortando,  
 Y sobre mí sembrando las mas bellas,  
 Allí cubierto dellas me dejaron.  
 Desde aquí comenzaron mis suspiros,  
 Y los primeros tiros de Cupido;  
 Allí fue concebido aquel veneno  
 Que aun se vive en mi seno todavía,  
 Por esta yo escribía mil canciones,

Y en otros tantos sonos las cantaba;  
 Por esta procuraba nuevas flores,  
 Y al dios de los amores hice altares,  
 Y con dulces cantares cada dia  
 Leche y vino ofrecia á nuestra Pales;  
 Y con dones iguales, por las fuentes  
 Las ninfas trasparentes visitaba,  
 Y guirnaldas colgaba donde via  
 Que la deidad vivia mas cercana;  
 Y la primer manzana, á tí Silvano  
 Siempre te dió mi mano, porque fueses  
 Fiel guarda de las mieses de mi diosa.  
 ¡O vida deleitosa! A no acabarse,  
 ¿Quien pudiera hartarse de tal vida?  
 Mas ya toda es perdida: ¡ó bien humano,  
 Y como es todo vano cuanto ofreces,  
 Y aunque inmortal pareces en tus cosas,  
 Unas falaces son y mentirosas!

SERRANO.

Pastor, tal es tu canto deleitoso,  
 Cual suele á los gañanes fatigados  
 Sobre la grama ser dulce el reposo;  
 O cual en los desiertos abrasados  
 Suelen juzgar la fuente entre las flores,  
 Los que con sed la buscan fatigados.  
 No solo sobrepujas los mejores  
 En cantar, mas si Apolo te escuchara  
 Segunda vez viviera entre pastores.  
 Mira la luna reluciente y clara,  
 Que codiciosa de escuchar tu canto,  
 Sale vestida de belleza rara.

Ya va la noche desdoblado el manto,  
 Pues no vienen estotros ganaderos,  
 Levántate pastor de aqueso canto,  
 Llegaremos nosotros los primeros,  
 Que la mitad nos falta del camino  
 Y allá nos hallarán los compañeros.  
 Ya parece el sepulcro de Carino;  
 Aquí donde hacen leña los serranos  
 Suene otra vez tu canto peregrino.  
 Pasaremos con gusto aquestos llanos,  
 Despues de haber atado nuestros haces  
 Secos, porque nos sean mas livianos.  
 Ola, pastor, respóndeme, ¿que haces?  
 Ayúdame á cargar mi hacecillo,  
 Porque cargado tú no te embarazes.  
 Y saca antes del seno el caramillo,  
 Con que el camino menos le sintamos,  
 Primero aguarda, cogeré este grillo.

ARISTEO.

Carillo, lo que importa mas hagamos,  
 Que allá despues con gusto cantaremos  
 Cuando nuestras hogueras encendamos,  
 Y la pesada hambre mitiguemos.

---

 EGLOGA OCTAVA.

**L**uego que con nuestros cantares llegamos al deseado fin, en aquel mismo lugar que el camino en dos se dividia, á cada uno fue lícito recogerse á su cabaña, y yo por la senda que á la mia guiaba tal iba, que de buena gana trocara el haber visto milagros tan celestiales por la soledad que con su ausencia tenia. Pues como un dia, entre otros, sucediese que los mas valientes pastores de aquellos campos se hallasen juntos cerca de un pequeño rio, que cubiertas las claras ondas de sauces y fresnos con admirable quietud sigue su curso, Melancio, que aunque no del todo contento no sin mucha esperanza de estarlo vivia, al son de una flauta que Rosanio le tocaba así le oimos cantar este soneto:

MELANCIO.

Yo ví lloviendo aljofar dos estrellas  
 Del cielo, donde amor su gloria tiene,  
 Y entre un grano que va y otro que viene  
 De un abrasado aliento mil centellas:  
 Prendieron en mi alma todas ellas,  
 Que amor que la lastima y entretiene  
 Gusta de darle porque viva y pene